

# REFLEXIONES SOBRE EL PROBLEMA ESTE-OESTE EN EL TERCER MUNDO\*

## “Por encima del hombro del soldado y del diplomático”

ZAKI LAÏDI

### CUESTIONES DE MÉTODO

La medida de la influencia de la competencia Este-Oeste sobre la estrategia y las decisiones políticas de los actores del Tercer Mundo tropieza con insuperables obstáculos de método, muy a menudo descuidados. Limitándonos a ejemplos que nos proporciona la actualidad más inmediata, podríamos explicar la retirada soviética de Afganistán merced a los acuerdos de Washington; el cese al fuego en Nicaragua por el retiro del apoyo norteamericano a los contras; la reunión en Londres de Pretoria y Luanda por el mejoramiento de las relaciones soviético-norteamericanas; el fin del problema entre Siria y la OLP por las presiones de Gorbachov, etcétera.

Pero al proceder de esta manera se corre el riesgo de dar más importancia a las coyunturas y a las cristalizaciones de los acontecimientos que a las tendencias de fondo, y de minimizar así las determinaciones locales o regionales. Ahora bien, a menudo éstas son esenciales. ¿Cómo creer que los Estados Unidos son todopoderosos en América Central cuando vemos cómo el general Noriega se burla de Washington? ¿Cómo no tomar en cuenta en la ecuación nicaragüense la capacidad de los actores locales de dialogar por encima de sus tutores internacionales? (Plan Arias). El ejemplo centroamericano no es el único. En África austral, el fracaso de la diplomacia norteamericana se debe a la autonomía del juego sudafricano y a su ambivalencia en la dinámica Este-Oeste. En ciertos aspectos la exagera, pero en otros le da la vuel-

\* Traducción de Guillermina Cuevas.

ta y la rebasa.<sup>1</sup> Incluso si se supone que Washington pueda lograr la retirada de los cubanos de Angola, nada prueba que el régimen de Luanda se alejará de manera definitiva de la URSS.

En el Cercano Oriente, la densidad del juego local es aún más clara. El acercamiento táctico entre Siria y la OLP se debe a la preocupación de Damasco por neutralizar a los palestinos al acercarse las elecciones presidenciales. ¿Quién podría, además, pensar que el juego sirio en Líbano está determinado por la influencia de las dos superpotencias? Yendo un poco más allá, el conflicto Irán-Irak, nacido en un contexto de confrontaciones Este-Oeste, sobrevive bastante bien a la normalización de las relaciones soviético-norteamericanas. La dinámica de las relaciones entre los árabes fue en 1987 mucho menos marcada por el conflicto Este-Oeste que en los años sesenta. Las divergencias entre "duros" y "moderados", que por sí mismas remitían a afiliaciones "este" y "oeste", han perdido gran parte de su sentido. La influencia política de los partidos comunistas locales es en la actualidad residual. En Siria o en Sudán, incluso en Argelia, la oposición comunista a los regímenes instalados prácticamente ha desaparecido. El peligro proviene más bien de los islámicos. El "frente del rechazo" (en Campo David), último rasgo sobreviviente de esas divergencias, no tuvo nunca más eficacia que la verbal. Un país considerado "duro", como Irak, de hecho está muy cerca de las monarquías petroleras y de Egipto. La cumbre de Amán de 1987 marca un giro tan significativo en las relaciones entre los árabes como el que tuvo lugar en Khartoum en 1967. La tesis del cordón sanitario alrededor de Egipto carece ya de sentido, sobre todo desde el regreso a la centralización del poder político del presidente Moubarak. En Maghreb, la normalización de las relaciones entre argelinos y marroquíes después de 12 años de disputa es muy independiente del conflicto Este-Oeste.

La evolución de las relaciones de Libia con sus vecinos puede también dissociarse del estado de las relaciones Este-Oeste por la desconfianza de los soviéticos hacia el coronel Kadhafi.

En realidad, y en la mayor parte del mundo, parece tan fácil "probar" la existencia de un factor Este-Oeste como minimizar su alcance. Es difícil salir de esta ambivalencia, sobre todo porque los "instrumentos" de que disponemos para analizarla no son neutros.

La soviología occidental, que en el curso de estos últimos 10 años ha observado el lugar que la Unión Soviética ocupa en el Tercer Mundo, se ha contentado esencialmente con descifrar el discurso soviético

<sup>1</sup> Zaki Laïdi, *Les contraintes d'une rivalité. Les superpuissances et l'Afrique*, París, La Découverte, 1986.

sin preguntarse nunca sobre la “correspondencia” entre las categorías que rigen en Moscú y su reproducción local.<sup>2</sup> El sentido concreto y las funciones sociales que revisten el marxismo angolés o etíope son plenamente ignorados, pero en cambio ciertos ritos aparentes se consideran “pruebas irrefutables” de pertenencia al mundo comunista (empleo de la terminología marxistas de divulgación, constitución formal de un partido de vanguardia, etc.). Más grave aún, los “soviétólogos tropicales” poco han reflexionado sobre las diferencias entre los principios de acción de la URSS y sus prácticas concretas. No obstante, en un documento de uso interno, pude observar el abismo que existía en el Congo entre las apreciaciones oficiales de la URSS sobre el marxismo-leninismo de este país y las observaciones formuladas por planificadores soviéticos acerca de la economía congoleña. Pero esto no tiene nada de sorprendente; el Partido Congolés del Trabajo no tenía de “vanguardista” más que el nombre. Tiene poco control sobre la sociedad civil. En realidad, asimilar el marxismo congolés al marxismo soviético es tan absurdo como identificar el multipartidismo mexicano con el liberalismo norteamericano.

Sin embargo, sería injusto culpar sólo a los soviétólogos. Los analistas políticos de África, por ejemplo, incurren en el defecto contrario. El peso de las determinaciones exteriores con frecuencia no está bien evaluado. Paradójicamente, la insistencia en la “dependencia” exime a menudo a los analistas de desarticular sus mecanismos concretos. Un número reciente de una revista francesa de estudios africanos, dedicado a Mozambique, no plantea en ningún momento la cuestión de sus relaciones con la URSS.<sup>3</sup> Al no analizar los mecanismos de dependencia ideológica, los autores concluyen de manera implícita que tienen poca importancia.

De manera general, el estudio de la influencia norteamericana parece más fácil. La política de este país puede observarse desde muchos puntos de vista. Los problemas se derivan menos de la disponibilidad de fuentes que de la definición del objeto de estudio.

Los politólogos, y aún más los internacionalistas, miden la influencia norteamericana mediante la acción clásica de la diplomacia y de la estrategia de Washington. Ahora bien, por no mencionar más que el caso de Asia, no pueden sino asombrarnos las diferencias entre el *low profile* de la diplomacia norteamericana y el avance de la ideología liberal. Esta paradoja se debe mucho al éxito económico de los “dragones asiáticos” que simbolizan el triunfo de cierto liberalismo. Así, en la ac-

<sup>2</sup> P. Wiles, *The new communist Third World*, Londres, Crom-Helm.

<sup>3</sup> “Le Mozambique”, en *Politique africaine*, abril de 1988.

tualidad, Asia es la región del Tercer Mundo en la que la influencia estructural de los Estados Unidos es la más firmemente establecida, mientras que hace poco más de 10 años, la "caída de Saigón" supuestamente habría sido la señal de su aniquilamiento. Una vez más, la economía se ha desquitado con la diplomacia.

¿Puede extenderse el caso de Asia a otras regiones, y sobre todo a África? No, pues la influencia económica norteamericana es muy pequeña en este continente. Pero también en este caso sería un error de perspectiva reducir la política norteamericana respecto de África al encarnizamiento mal recompensado de Crocker, al tratar de encontrar una solución al problema de las tropas cubanas de Angola.

Aunque el Banco Mundial y el FMI no son viles peones en las manos de Washington, debemos reconocer que la lógica económica que defienden se inspira en principios liberales y *vuelve a poner sobre el tapete* la gestión de las relaciones clientelistas con Francia. No obstante las apariencias, la influencia francesa ha declinado mucho en el África francófona desde que se inició la crisis económica. Los consejeros económicos franceses han sido despojados de sus posiciones estratégicas. Incluso en el plano cultural, la retirada francesa y el avance norteamericano son notables; por ejemplo, en Costa de Marfil se comprobó que los programas televisados de origen norteamericano ocupaban mucho más tiempo que los programas franceses. Así, si el número de investigadores interesados en las idas y venidas de Crocker es apreciable (sobre todo en los Estados Unidos), el de quienes se interesan por la influencia de los misioneros norteamericanos, las universidades norteamericanas, los bancos o las empresas petroleras es extremadamente pequeño. ¿Quién está enterado, por ejemplo, de que los misioneros norteamericanos fueron la mejor fuente de información de su embajada en Kinshasa durante la invasión katanguense de 1978?

Si nos sujetamos a un rodeo de esa naturaleza para abordar la problemática Este-Oeste en el Tercer Mundo es porque una de las principales limitantes del análisis internacional reside en la dificultad para comprender los embrollos de los procesos internos y de las dinámicas externas más allá de demostraciones empíricas.

Así pues, en las líneas que siguen no encontraremos un panorama histórico de las relaciones Este-Oeste en el Tercer Mundo. Más bien nos esforzaremos por comprender el doble proceso mediante el cual los estados de la periferia sufren las imposiciones internacionales y también las desvitalizan y las transfiguran.

Para ello, me parece que debemos aclarar tres tipos de análisis que con mucha frecuencia se confunden. El primero es el que llamaré *instrumentación* del conflicto Este-Oeste. El segundo es el de la *interiorización*

tanto de las limitantes como de los valores socioculturales Este-Oeste. Por último, el tercer punto que abordaremos será el de los *dobles códigos*, es decir, la utilización simultánea de referencias tomadas tanto del Este como del Oeste y de referentes estrictamente internos tomados de una reserva de recursos étnicos, culturales o históricos.

#### LOS MECANISMOS DE LA INSTRUMENTACIÓN

La instrumentalización puede definirse como el proceso por el cual los actores utilizarán ciertas referencias que corresponden al Este o al Oeste, sin que esta utilización implique obligatoria o permanentemente una fidelidad diplomática o ideológica a una u otra de las superpotencias.

El registro más frecuente de la instrumentalización es el de la alianza diplomático-estratégica. La alianza soviético-egipcia de los años sesenta o la alianza soviético-india, sobre todo a partir del tratado de 1971, ejemplifican con bastante claridad este primer caso: tiene lugar una alianza en un contexto regional muy preciso sobre la base del principio siguiente: “el enemigo (la URSS) del amigo (los Estados Unidos) de mi amigo (Pakistán, Israel), siempre será mi amigo”. Con mucha frecuencia, este tipo de alianza conserva su independencia respecto de decisiones políticas internas. En otras palabras, puede haber una alianza perdurable con la URSS sin por ello creer en el socialismo. Por el contrario, se podrá recurrir a ciertas técnicas norteamericanas sin que por ello se desemboque en el liberalismo. Un análisis reciente sobre Tanzania observa con humor que el proyecto de descentralización administrativa de Nyerere de los años setenta, presentado como “modelo original”, había sido concebido en realidad por la oficina norteamericana de estudios McKinsey.<sup>4</sup> En Argelia, el proyecto de los “mil pueblos socialistas” presentado como punta de lanza de la revolución agraria retomaba, “volviéndolo socialista”, un proyecto colonial de finales de los años cincuenta.

En el caso egipcio y en el indio, la separación entre la alianza diplomática y las decisiones internas puede discutirse frente a las decisiones económicas “prosoviéticas” de ambos países (industria pesada). Sin embargo, a pesar del papel desempeñado por los soviéticos en el desarrollo de las siderúrgicas de Bhilai o de Helouan, el modelo indio es tan poco socialista como el liberalismo del Zaire capitalista. Una observadora de ese país escribe justamente que:

<sup>4</sup> D. Constant-Martin, *Tanzanie. L'invention d'une culture politique*, París, Karthala-FNSP, 1988, p. 97.

El socialismo indio no tiene de socialista más que el estatismo, y la economía mixta representa la yuxtaposición de un sector público importante, y en gran medida improductivo, a un sector privado que sin cesar le lleva la delantera.<sup>5</sup>

En el Egipto de Nasser, el sector privado no amenazaba de ninguna manera al sector público. Pero el mito de la industrialización reflejaba tanto cierto nacionalismo teñido de marxismo, como las ilusiones desarrollistas de los años cincuenta-sesenta. Recordemos el papel desempeñado por economistas no marxistas como A. Lewis en la definición de los proyectos industriales del socialista N'Krumah. Por eso pensamos que la fórmula de Chatelus sobre el desarrollo "estalinista-rostowiano" de la economía egipcia<sup>6</sup> es particularmente feliz.

En verdad, tanto para la India como para Egipto, la causa de sus relaciones con la URSS ha sido siempre militar, aun cuando la problemática de la construcción nacional en Egipto se ha limitado con aportaciones leninistas.

Sin embargo, la instrumentalización no es siempre de carácter diplomático-estratégico. Muy bien puede inscribirse en el campo del discurso de legitimación o de organización política interna. El mariscal Mobutu demostró ser un maestro en la manipulación del discurso sobre "las responsabilidades del mundo libre" en su país, al mismo tiempo que se resistía con todas sus fuerzas a la liberalización de su economía, tal como preconizan el FMI o el Banco Mundial. Su régimen se apoya en una base neopatrimonial. En pocas palabras, esto significa que no hay diferencias entre las ganancias privadas y las públicas. Lejos de desarrollar al sector privado, la economía neopatrimonial lo asfixia. En efecto, numerosos dirigentes de ese país "utilizan" empresas públicas, al igual que su posición dominante en el mercado, para asfixiar a competidores privados. Así, en general, se llega a una privatización de las utilidades y a una socialización de las pérdidas del sector público.

Por el contrario, "el discurso socialista" ha servido más de coartada ideológica a grupos "protoburgueses" que para preparar el terreno para la soviétización. Por esto se ha notado en África que la contribución de las empresas públicas al PNB era dos veces más importante en Zambia que en Tanzania, si bien al primero se le considera "pro-occidental" y al segundo "socialista".

<sup>5</sup> Ch. Hurtig, "Capitalisme d'Etat et influence soviétique en Inde", en *Revue Française de Science Politique*, diciembre de 1986, p. 813.

<sup>6</sup> M. Chatelus, "Le monde arabe vingt ans après. De l'avant-pétrole à l'après-pétrole. Les économies des pays arabes", en *Maghreb-Machrek*, núm. 101, 1983, p. 9.

En los años sesenta, los imperativos de la construcción nacional en los nuevos estados favorecieron la moda del “estado-partido” de tipo soviético, independientemente de cualquier consideración ideológica. La Reunión del Pueblo Togolés, “partido único de un país pro-occidental”, fue estructurado por los coreanos del norte sobre la base de los principios leninistas. Tal como lo escribió Jean Copans:

Recurrir a la URSS no es ni un último recurso ni una ilusión: es un poderoso instrumento de aprendizaje sobre el poder estatal para las categorías sociales sin ninguna experiencia en el poder del Estado-Nación burgueses. La coherencia ideológica, la articulación entre el control de las masas, el aparato administrativo y la represión policiaca tienen, al parecer, una mayor efectividad histórica que la tradición burguesa del aparato colonial.<sup>7</sup>

Lo que caracteriza a los países en desarrollo es su capacidad para utilizar varias referencias y valerse de diversas alianzas. El ejemplo de la Uganda de Musseweni es muy revelador a este respecto. El jefe de Estado de este país obtiene sus apoyos externos tanto de Libia y de Corea del Norte, que le proporcionan armas, como de los países occidentales, gracias al papel de eje de la Lonhro, empresa multinacional dirigida por Tony Rowlands. Lonhro “vendió” a los británicos y a los norteamericanos la imagen moderada de Musseweni, al mismo tiempo que favorecía la normalización de las relaciones entre Uganda y Kenia.

El ejemplo de Vietnam muestra hasta qué punto un país comunista y tributario del apoyo económico de Moscú, llega, no obstante, a obtener un margen de maniobras y a preservar su economía frente a la URSS, pero también frente a Pekín.

Pero no por el hecho de que responda a consideraciones “internas” o “externas”, la instrumentalización de modelos exteriores es necesariamente estable. Dependerá de la evolución de la *demanda* de recursos exteriores por parte de las sociedades del Tercer Mundo y de la *oferta* de estos mismos recursos; en otras palabras, de la disponibilidad de los actores exteriores para satisfacer la demanda, y por último, de la configuración general del “mercado ideológico mundial”, que Theda Skocpol ha denominado “tiempo mundial”.<sup>8</sup> La estructura de la *demanda* de recursos exteriores gira de manera clásica en torno a la necesidad de consolidar la soberanía de los estados (armas) y de favo-

<sup>7</sup> Jean Copans, “The USSR, alibi or instrument for black African States?”, en Z. Laidi (ed.), *The Third World and the Soviet Union*, Londres, Zed, 1988, p. 35.

<sup>8</sup> Theda Skocpol, *Etats et révolutions sociales. La révolution en France, en Russie et en Chine*, París, Fayard, 1985, p. 34.

recer su desarrollo (ayuda económica), pero también de beneficiarse de recursos ideológicos susceptibles de reforzar el anclaje de un régimen político en uno universal ("mundo libre", "país del socialismo", etc.). Como todo el mundo sabe la venta de armas es uno de los principales vectores de la influencia soviética. Hoy, 17 años después de la expulsión de los consejeros militares soviéticos, Egipto todavía está tratando de renegociar su deuda militar con Moscú. La lista de países a los cuales la URSS se negaría a vender armas es cada vez más reducida. Arabia Saudita acaba incluso de recibir misiles chinos, quizá el primer paso hacia la adquisición de material soviético. En el Cercano Oriente, este factor militar de la ecuación de las relaciones soviético-árabes es aún más importante en la medida en que el apoyo incondicional de los Estados Unidos a Israel lo complica todo. Juzguémoslo:

Nunca el desequilibrio entre Moscú y Washington ha sido más grave en cuanto a la entrega de armas. La oposición sistemática y exitosa del *lobby* israelí ha vuelto casi imposible las ventas de armas estadounidenses, incluso a países como Arabia Saudita y Jordania. El rey Fahd, comprometido en una solicitud por un contrato de cerca de 6 mil millones de dólares, se resigna a aceptar refacciones por menos del 5% de ese volumen financiero, ¡y a pedir la autorización del presidente Reagan para comprar sus aviones en Londres o en París! El rey de Jordania se ve obligado a fijar sus misiles Hawk en bases de concreto para que no puedan ser movidos en el frente con Israel. El mismo Amine Gemayel se ve obligado a pagar al contado, y a un precio irracional, las municiones para los militares que todavía le son fieles. Y no hablemos de los F-15 negados a Arabia, los F-16 negados a Jordania, tantos otros "nos" humillantes, y "sís" rápidamente retirados sin excusas por la Casa Blanca, ¡mientras que la superioridad militar de Israel, ya aplastante, se transformaba pura y simplemente en supremacía! No obstante, los Estados Unidos respondían a todas las solicitudes de Israel, a menudo sin contraparte financiera real.<sup>9</sup>

El ejemplo del Cercano Oriente muestra, sin embargo, que el factor militar no puede por sí solo determinar la naturaleza de las relaciones establecidas con una u otra de las superpotencias pues si así fuera Kuwait, Jordania y Arabia Saudita se hubieran pasado al Este desde hace mucho tiempo. A pesar del *Irangate* y del apoyo ciego a Israel, las monarquías petroleras siguen firmes con Washington. Su capacidad para jugar con la rivalidad Este-Oeste es puramente teórica por tanta fuerza que parece tener su dependencia ideológica y cultural respecto

<sup>9</sup> Ghassan Salamé, "Les Grandes puissances vues du Moyen-Orient", en *Maghreb-Machrek*, julio-agosto-septiembre de 1987, núm. 117, p. 40.



del Oeste. El margen de maniobra de los estados del Tercer Mundo no debe, pues, sobreestimarse. En África, la principal preocupación de los estados pobres no es tanto mantenerse a una distancia respetable de las superpotencias, sino pura y simplemente evitar su marginalización: antes que nada, deben luchar para demostrar al Occidente que existen y que no deberían ser abandonados. Esto podría ser particularmente válido respecto de cuestiones como el endeudamiento. Los grandes deudores son generalmente aquellos países que más fácilmente apoya la comunidad financiera debido a que su poder de provocar problemas es importante. Respecto de estas cuestiones económicas y financieras, el peso de la URSS es marginal. El problema es exclusivamente Norte-Sur, y más específicamente Oeste-Sur.

En el plano ideológico, la evolución actual no es tampoco necesariamente favorable a la URSS. Si los méritos de los partidos únicos parecen todavía importantes para muchos regímenes políticos, la terminología marxista popularizada, generalmente pro soviética, en África y en el Cercano Oriente ha perdido atractivo. El discurso ideológico de izquierda, de inspiración laica, está perdiendo impulso. Hasta mediados de los años setenta permitía establecer una coherencia entre la estatización económica (que se asimilaba al socialismo), el control político (partido único) y la alianza con la URSS contra los Estados Unidos, apoyo de Israel. En la actualidad el contexto es muy diferente; la producción de un discurso progresista que permita neutralizar a la extrema izquierda ya no es necesaria. En los países árabes, los partidos comunistas locales están en vías de descomposición. En África los núcleos comunistas prácticamente han desaparecido. En Angola, Mozambique o el Congo, la ideología marxista sobrevive en ausencia de un discurso que la sustituya. En Argelia, las referencias al socialismo son cada vez más borrosas. Se habla de evolución y ya no de revolución. Las referencias a los textos fundamentales (como la Carta Nacional) son cada vez menos frecuentes.

Es necesario decir que la percepción que los árabes o los africanos tienen del fracaso económico y cultural de la modernización autoritaria es tal que obliga a los dirigentes de estos estados a buscar nuevas referencias sin que vuelva a ponerse en entredicho su dominio.

Comparados con los soviéticos, los Estados Unidos disponen de fuertes ventajas. No obstante, éstas no deberían ser sobrestimadas. En general, los recursos económicos norteamericanos puestos al servicio del desarrollo del Tercer Mundo no dejan de reducirse. Actualmente, desde un punto de vista relativo, los Estados Unidos son la linterna roja, junto con Japón, de la ayuda a los países en desarrollo. La ayuda militar también pesa cada vez menos en la panoplia norteamericana

debido a las presiones del Congreso. Sólo beneficia a un núcleo duro de países aliados (Israel, Egipto, Pakistán). En fin, en el plano ideológico, ya no se encuentran más que unos cuantos países en los que el discurso liberal de Reagan se reproduce tal como es. Es asombroso constatar la prudencia con la que el rey de Marruecos presentó al parlamento en abril pasado el programa de privatización de las empresas públicas. Toda su demostración tendía a probar el carácter "no ideológico" de estas privatizaciones. A pesar de la regresión ideológica del marxismo, el nacionalismo económico mantiene su fuerza. Además, la mayor parte de los regímenes liberales del Tercer Mundo se han apoyado en un sector estatal poderoso. No muestran ningún entusiasmo por desmantelarlo, salvo cuando disponen de medios para seguir siendo los beneficiarios de la privatización económica.

Actualmente la ventaja de los Estados Unidos sobre la URSS se deriva menos de un excedente de recursos intrínsecos, de que dispone el primero en relación con el segundo, que de la estructura de su influencia. La influencia soviética se detiene en las fronteras del estado soviético. Los valores culturales o económicos que predica no pueden ser separados de sus decisiones políticas previas. Fuera del estado, la URSS no dispone de relevos. El prosovietismo de ciertos grupos es un valor transitorio o un "refugio" particularmente vulnerable a los azares de la política soviética.

La estructura de la influencia norteamericana es radicalmente diferente. El estado norteamericano no es más que un vector entre otros de esta influencia. Según cada país, la influencia de Wall Street, de las bolsas de valores de Chicago o de las series televisadas podrá ser más significativa que la de la ayuda norteamericana, los *marines* o la Sexta Flota. Dígase lo que se diga, el FMI y el Banco Mundial trabajan en una perspectiva neoliberal conforme a los objetivos norteamericanos.

Por último, es necesario notar que la estructura del mercado ideológico mundial ha cambiado. En los años sesenta-setenta, el Tercer Mundo vivió en un contexto ideológico internacional que valorizaba la construcción nacional y el no alineamiento político. El primer objetivo llevaba a pensar en el asunto de la democracia como pérdidas y ganancias, estimar que se trataba de un lujo para países ricos. El segundo objetivo permitió valorizar los actos formales de soberanía más que los resultados económicos. En esa época, Taiwán y Corea del Sur tenían muy mala prensa. Pasaban por estados avasallados a los Estados Unidos, aglutinados a Vietnam. Por el contrario, los círculos progresistas se extasiaban frente al voluntarismo de Argelia y profetizaban su despegue económico para principios de los años ochenta.

En esa época los tecnócratas argelinos, pero también los iraníes,

vislumbraban el desarrollo económico como una suma de productos escasos disponibles en el mercado, y desde ese momento accesibles mediante los recursos del petróleo.<sup>10</sup>

Esta visión relativamente simplificada de las apuestas internacionales se derrumbó en los años ochenta tan fácilmente como un castillo de naipes. El deseo de destacar en política condujo a un doble callejón sin salida. En el plano interno, se enfrentó a limitantes económicas y a resistencias culturales y sociales. No es posible transformar de un día para otro a un campesino sin tierra en obrero industrial. La ruptura benéfica que el acceso a la modernidad industrial debía introducir se convirtió en una pesadilla. En el plano internacional, los resultados fueron aún más decepcionantes. La capacidad de ciertos estados del Tercer Mundo para ocupar el "frente de la escena mundial" no fue acompañada por ninguna modificación en las relaciones Norte-Sur. Paradójicamente los países que se revelan como competidores económicos de Occidente son los que nunca lo han combatido en el plano ideológico y que han dado muestras de gran servilismo diplomático. Este razonamiento es válido para los cuatro "dragones asiáticos", pero también para Tailandia, Malasia o Turquía. La necesidad de un "ajuste estructural" impuso así nuevos valores y una nueva jerarquía.

Esta instrumentalización de las referencias exteriores no siempre es "positiva" o "activa". Puede tomar la forma de la inercia o del "desvío" desde el momento en que esas referencias parecen impuestas por el exterior.

Es sorprendente ver cómo programas de lucha contra la pobreza en las ciudades, emprendidos por el Banco Mundial y la AID en los años setenta para contener el potencial "revolucionario" de las principales ciudades del Tercer Mundo, perdieron su sentido merced a los grupos sociales dominantes. Los famosos "recintos limpios" destinados a los pobres en realidad beneficiaron a los funcionarios. Los proyectos de desarrollo rural corrieron con la misma suerte. Fueron los campesinos de posición más desahogada los que se beneficiaron con la modernización agrícola que predicaban los proveedores de fondos.

Los programas de ajustes estructurales se enfrentan a las mismas limitantes. Siempre es difícil que actores exteriores impongan localmente una mejor redistribución de los escasos frutos del crecimiento, suponiendo que tengan la voluntad de hacerlo. Aunque nada es menos seguro. Los estados occidentales desean convertir al liberalismo económico a países cuyos dirigentes viven del clientelismo estatal. Pero de

<sup>10</sup> G. de Villers, "Acheter le développement. Le cas algérien" en *Politique africaine*, núm. 18, junio de 1985, pp. 28-43.

ninguna manera desean que este cambio fundamental vaya acompañado de problemas políticos susceptibles de desestabilizar a grupos dirigentes que en general consideran como sus aliados. En estas condiciones, el margen de maniobras políticas de los proveedores de fondos parece singularmente reducido. Los países sometidos a los ajustes siempre pueden chantajear con la desestabilización.

Estas dificultades se ven reforzadas por la *opacidad* voluntaria o involuntaria que reina en esos países. En efecto, uno de los principales problemas que encuentran los proveedores de fondos es el de la debilidad de los sistemas de información del Tercer Mundo y la inadaptación de los modelos contables internacionales a su realidad económica y social. Se puede hablar por ejemplo de la debilidad del ahorro local africano, mientras que por otro lado hay un ahorro informal considerable. Se “trabaja” sobre ciertas estadísticas de producción agrícola a pesar de que en general están subvaluadas en proporciones que varían del 40 al 60%.<sup>11</sup> Podríamos multiplicar los ejemplos de distorsión entre las estadísticas formales y las reales respecto de los sistemas de precios o de los flujos de contrabando que falsean cualquier estadística comercial.

Esta opacidad entorpece considerablemente a los proveedores de fondos y limita su penetración. Así, en Senegal, el Banco Mundial necesitó varios meses para darse cuenta de que la lista de los 50 productos que no debían someterse a impuestos de importación y que él había pedido a las autoridades *¡de hecho no se importaban!*

Estos ejemplos podrían parecer alejados del tema con que iniciamos. Pero de hecho, son parte integrante de él a condición de que se analice el problema Este-Oeste en su dimensión cultural y social, y no solamente mediante el prisma necesariamente reductor de la diplomacia y la estrategia.

La instrumentación de las referencias exteriores no debería ser tratada de manera independiente de sus repercusiones sobre las sociedades y no solamente sobre los dirigentes.

En lo que podríamos llamar las “opiniones públicas” del Tercer Mundo, las representaciones ideológicas y culturales del Este y del Oeste son ambivalentes. Primero una palabra sobre las representaciones del Este. En la mayor parte de los países, la imagen de la URSS tiene poca intensidad. El prosovietismo o el antisovietismo no preocupan generalmente más que a un pequeño núcleo de intelectuales o de actores políticos. El “efecto Soljenitzin” que tanto agitó a la *intelligentsia* europea, y sobre todo francesa, no tuvo prácticamente ninguna reper-

<sup>11</sup> M. Anson-Meyer, *La nouvelle comptabilité des Nations Unies en Afrique*, París, L'Harmattan, 1982, p. 320.

cusión en el Tercer Mundo. De manera similar, el “efecto Gorbachov” no apasiona mucho a los medios de información de los países de la periferia. La mayor parte del tiempo los pueblos se muestran indiferentes ante la URSS. A lo sumo les asombraría en África —en donde los “blancos” son considerados como “ricos”— que los soviéticos, que cooperan con ellos, circulen a pie más que en un vehículo propio. Con cierto dejo de desprecio se habla de ellos como de “capitalistas sin dólares”.

En el mundo árabe, el ateísmo constituye el obstáculo cultural más fuerte a la penetración cultural de la URSS.

El pronorteamericanismo y el antinorteamericanismo se inscriben por su parte en una matriz mucho más compleja. En América Latina, donde la imagen norteamericana es la de mayor intensidad, partidarios y opositores de los Estados Unidos son tan fuertes unos como otros. Con mucha frecuencia se trata de las mismas personas y los mismos grupos sociales, sin que esta “contradicción” aparente despierte a sus ojos verdaderos problemas. De manera general se puede decir y pensar que el antinorteamericanismo nacionalista y político (intervenciones de Washington en América Central) armoniza con un pronorteamericanismo cultural. Para las clases medias latinoamericanas, el *American way of life* es sin duda alguna el modelo por imitar. Esta ambivalencia se encuentra en otras regiones del mundo. Me asombró comprobar cómo el pueblo de Zaire se había sentido “ofendido” de que las autoridades médicas estadounidenses lo hubieran considerado como el principal foco mundial del sida. Espontáneamente, Kinshasa despertó a la mañana siguiente llena de rumores según los cuales esta enfermedad había sido propagada por la CIA. Por eso, y por su poder, los Estados Unidos se perciben como la fuente de todos los males. . . y el remedio a todos los problemas.

#### INTERIORIZACIÓN Y DOBLE CÓDIGO

La instrumentalización de las referencias externas de que acabamos de hablar se basa en la hipótesis de que los actores pueden finalmente cambiar de referencias según sus necesidades y diferentes coyunturas. En África, por ejemplo, en donde las relaciones internacionales se consideran fluidas, Ghana, Sudán, Somalia y Guinea pasaron despreocupadamente del Este al Oeste. Mozambique y quizá Angola también están a punto de cambiar de tutor. Pero con frecuencia queda en un plano superficial e ilusorio. Pues es tan raro que un estado se alinee totalmente con un bloque, como difícil cambiar realmente de lógica.

En Ghana, por ejemplo, la caída del régimen de N'Krumah no modificó la estructura interna del régimen o la articulación de la riqueza y del poder político. La verdadera ruptura vino mucho más tarde con la llegada al poder del "marxista" Rawlings. Pero lejos de reconciliarse con la lógica rentista, sentó las bases de una economía de mercado acorde con las recomendaciones del FMI y del Banco Mundial. De hecho los cambios de bando siguen con frecuencia limitándose al suministro de armas o a los votos en los recintos internacionales. En el plano interno las consecuencias son limitadas. Los países que ayer se decían socialistas y que pasaron al Oeste por oportunismo no por ello se convirtieron al liberalismo económico.

Todo el problema es, pues, saber si a fuerza de instrumentar una referencia exterior no se acaba por interiorizarla. Es decir, por hacerla indispensable para la supervivencia o la cohesión política o social de un grupo. De manera similar, nos podemos preguntar si las potencias exteriores no son cautivas de la apreciación inicial de un régimen. En Angola, por ejemplo, el marxismo es un valor ideológico en declinación. La vieja guardia marxista ha sido barrida. Pero para sentar su autoridad, el grupo en el poder de Luanda sigue necesitando al marxismo como fuente de legitimación. Sigue siendo éste el que estructura el campo político interno. De ahí el desfase creciente entre una sobreideologización del discurso y una práctica cada vez más pragmática. Esta evolución también pudo observarse en su vecino, El Congo, donde el dominio del código ideológico marxista es indispensable para cualquier lucha de facciones.<sup>12</sup> François Furet, historiador de la revolución francesa, ha analizado de manera notable el papel del discurso en la lucha por el poder en la Francia revolucionaria. Por otra parte, la URSS ha entendido muy bien que estas coacciones de la ideología eran la mejor garantía de su influencia en estos países, incluso si la práctica cotidiana desmiente al discurso. Con sus aliados "liberales", los norteamericanos proceden exactamente de la misma manera. Qué importa que Mobutu sea un "cleptócrata", más que un liberal, a partir del momento en que se remite al "mundo libre". Así pues, razonablemente podemos pensar que la estabilidad política de un país se explicará cada vez menos por la elección intrínseca de un modelo exterior apropiado que por la capacidad de los actores políticos para manipular el uso de un código político "moderno" con la práctica de reglas o usos más "tradicionales". En ciertos países la práctica del "doble código" es una constante del juego político. En cambio, hay casos en los que

<sup>12</sup> H. Ossebi, *Affirmation ethnique et discours idéologique au Congo*, tesis de doctorado, París, V, 1982, p. 197.

asistimos a una verdadera reactivación de las formas prepolíticas de legitimación a medida que se amplía la regresión de ideologías modernizadoras. Esta evolución que desacredita a las teorías clásicas de la modernización no debe, sin embargo, percibirse como simple retroceso. La movilización de los alawitas de Siria o de los takriti en Irak no tiene sentido más que con las apuestas modernas: control del poder del estado y acceso a sus recursos materiales y simbólicos. Desde ahora estas mutaciones tienen ya influencia en la naturaleza de las relaciones Este-Oeste. En todo el espacio árabe musulmán, este "resurgimiento" proforma refuerza la autonomía de los actores y los aleja de la problemática Este-Oeste. La dificultad conjunta de los norteamericanos y de los soviéticos para interpretar en términos políticos clásicos el islam refleja esta situación. A fin de cuentas, el problema palestino se convierte paradójicamente en el único problema regional que ellos captan todavía y que se presta a un control del tipo Este-Oeste.

Este paso de la *instrumentalización* a la *interiorización* de las referencias exteriores así como sus implicaciones en el conflicto Este-Oeste queda bien ilustrado con la comparación entre Argelia y Marruecos.

Por su historia, el sistema político argelino se apoya en una base doble: rechazo a pertenecer a un bloque sea cual sea y reivindicación de cierta forma de socialismo. Esta desconexión entre lo interno y lo externo no es, sin embargo, tan fácil de efectuar. En el plano ideológico, por ejemplo, la calificación del socialismo siempre ha sido problemática. Reivindicar un socialismo científico es ir en contra de una cultura política profundamente nacionalista e islámica, pues tras el concepto de socialismo científico se perfila el ateísmo de la Unión Soviética. Pero la noción de socialismo específico no es atractiva. Primero porque está muy trillada. Después, porque introduce cierta vaguedad y relatividad que hace más difícil la descalificación de los adversarios internos del socialismo. La carta nacional de 1976 establece un acuerdo entre el imperativo de irreversibilidad política y las exigencias de la cultura política argelina. Pero han pasado tantas cosas desde 1976. Al presidente Chadli le gusta recordar que sólo el Corán es intangible. Esto tiene dos significados: primero, que la irreversibilidad del socialismo ya no se discute; después, que el Corán aparece desde ese momento como la *ultima ratio* del sistema político. ¿Quiere esto decir que el régimen político argelino ha cambiado de naturaleza? Probablemente no. Si el discurso ha cambiado y si la descalificación política de ciertos grupos sociales ha desaparecido (crítica de los "burgueses" o del sector privado), el modo de regulación política interna sigue siendo el mismo. El partido sigue siendo único y todas las muestras de apertura o de flexibilización son cuidadosamente controladas desde arriba. La cultura

política sigue siendo unanimista. A pesar de sus esfuerzos reales por hacerse cargo de ciertas necesidades sociales hasta ahora mal atendidas, el régimen argelino del presidente Chadli tiene problemas para colocar una nueva estructura de legitimación. Si la problemática del “socialismo puro y duro” ya no es taquillera, sigue pareciendo difícil encontrarle un sustituto.

En el plano externo las dificultades son comparables. La diplomacia argelina siempre ha dado muestras de gran pragmatismo. Y si siempre se ha esforzado por tratar con tacto a la URSS, no por ello ha dejado de oponerse cuando sus intereses contradecían a los de la “patria del socialismo”.<sup>13</sup>

Al mismo tiempo que ha mantenido excelentes relaciones con Moscú, el presidente Chadli claramente ha tratado de equilibrar sus relaciones con Washington. El papel crucial desempeñado por Argelia en la liberación de los rehenes norteamericanos de Teherán probablemente refleja una modificación de la opinión argelina sobre Washington. El viaje del presidente Chadli a los Estados Unidos debía perfeccionar este proceso de reequilibrio. Sin embargo, a pesar de todo lo que haya podido escribirse sobre el tema, la naturaleza de las relaciones norteamericano-argelinas no ha cambiado. Los argelinos muy pronto entendieron que los Estados Unidos nunca tomarían partido contra Marruecos. En el seno del ejército, el desarrollo de una cooperación militar con los Estados Unidos no es siempre bien vista. La diversificación de las relaciones militares es de desear, pero no al punto de poner fin a las relaciones privilegiadas con Moscú. En el seno del partido único, la ideología antimperialista todavía tiene mucha fuerza. Por ejemplo, Argelia sigue sin tener relaciones diplomáticas con Corea del Sur, a pesar de las exhortaciones del Ministerio de Asuntos Extranjeros para actuar en ese sentido.

En materia de política internacional, la prensa manifiesta un maniqueísmo ideológico que transfigura la flexibilidad de la diplomacia argelina. Las proposiciones soviéticas son siempre “proposiciones de paz” y *Solidarnosc* nunca ha recibido buenas opiniones en las columnas de *El Moudjahid*.

La crisis del sistema internacional y la desvalorización del voluntarismo plantean a la diplomacia argelina verdaderas dificultades. Como en el plano interno, a escala internacional. Argelia debe encontrar nuevos signos distintivos, buscar líneas de intervención que evitarán que pierda importancia.

<sup>13</sup> Zaki Laïdi, “Stability and partnership in the Maghreb”, *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, p. 129.



En muchos aspectos, la situación de Marruecos es diferente de la de Argelia. La pertenencia al bloque occidental ha sido reivindicada siempre por Rabat. Este anclaje en el Oeste es tanto más firme cuanto que la monarquía marroquí, tan tributaria de los bienes económicos del Oeste para sobrevivir, no tiene necesidad de pedirle prestados sus recursos ideológicos para reforzar su legitimidad.

A pesar de todo ello, la monarquía alawita ha pasado muy malos ratos. Hasta mediados de los años setenta tuvo que luchar contra el descrédito ideológico que golpeaba en el mundo árabe a las monarquías. En el plano internacional, durante mucho tiempo la diplomacia argelina ha hecho sombra a la de Marruecos. Además del poco profesionalismo de sus diplomáticos, le costó trabajo a Marruecos participar en la producción de una ideología tercermundista. La naturaleza de sus relaciones con Estados Unidos incluso le impedía desempeñar ese papel. Los años setenta fueron una decena trágica para Rabat: dos tentativas de golpe de estado y conflictos asesinos en el Sahara occidental. Recordemos las predicciones de la CIA que fijaba en seis meses la esperanza de vida de Hassan II después de la caída del Shah.

Ahora, a pesar de la gravedad de la situación económica, la posición de la monarquía parece más estable que nunca. La explicación de este cambio súbito no tiene relación con factores ni estrictamente internos ni estrictamente externos, sino con una conjugación de ambos y el manejo de "dobles códigos".

En el plano internacional, Marruecos indudablemente aprovechó el debilitamiento ideológico del tercermundismo y la valorización de los alineamientos con las potencias exteriores. Esto ha tenido una correspondencia: Marruecos figura en la lista Baker. Igualmente goza de un importante apoyo militar de parte de Washington, que le ha permitido mantener en jaque al Frente Polisario. Valiéndose de él, Rabat juega perfectamente con las rivalidades interoccidentales. Para justificar su apoyo a Marruecos, los franceses explican simplemente que al retirarse dejarían el lugar a los norteamericanos. En este juego los soviéticos no han sido olvidados. Participan de la explotación de los recursos pesqueros del país.

Sin embargo, este juego no tiene sentido más que si se prolonga en el plano interno. El parlamentarismo de apariencia permite satisfacer al Occidente, que ve en él un símbolo de democracia, pero igualmente a la URSS que se "beneficia" por este sesgo de la legalización del partido comunista. Este parlamentarismo occidental, sin embargo, sigue siendo indisociable del sistema tradicional de *Makhzen* dominado por el rey. Por ejemplo, frente a la oposición, el parlamentarismo funciona como cámara de acceso al *Makhzen*: a cambio de la fidelidad del

rey, abre una puerta a un sistema de recursos simbólicos y materiales.<sup>14</sup>

Al examinar el proceso de liberalización económica en curso, comprobamos que obedece a las mismas reglas. La privatización económica permite aligerar la carga del estado y satisfacer así las exigencias de los proveedores de fondos. Pero cuando se echa una mirada a los futuros beneficiarios de la transferencia de propiedades, se comprueba que todos están vinculados con el Palacio.

#### LA REVANCHA DE LA HISTORIA. . . Y DE LA ECONOMÍA

Las sociedades políticas del Tercer Mundo actualmente reciben la influencia de dos movimientos de fondo parcialmente contradictorios.

Por una parte están sometidas a un proceso de reestructuración económica que tiende a sustituir las lógicas clientelistas y patrimoniales con una lógica de mercado. En última instancia se trata, pues, de hacer coincidir la esfera de producción de la riqueza con la de la redistribución social. En América Latina, en África o en el Cercano Oriente, un proyecto de esa naturaleza se asemeja mucho a una revolución social porque se trata de modificar el principio según el cual el acceso al poder político abre las puertas a la acumulación económica. Este movimiento funciona indudablemente en favor del Oeste y en detrimento de la URSS, pues, aunque el liberalismo es muy discutido, el estatismo económico a ultranza ya no tiene verdaderos defensores. Por su naturaleza, la perestroika de Gorbachov acelera el desamor respecto del modelo soviético (“incluso los soviéticos reconocen su fracaso”) y no valora tanto su *aggiornamento*. Sin embargo, esta apreciación general no podría disimular la particularidad de ciertas trayectorias específicas como la de Etiopía. Pero incluso en ese caso, el desempeño instrumental del marxismo-leninismo no podría apreciarse independientemente de un sustrato histórico centralizador y ortodoxo. Christopher Clapham recientemente puso en evidencia la importancia de estos “fertilizantes” en el injerto marxista-leninista:

Tanto la ortodoxia como el leninismo proporcionan un modelo de gobierno absoluto, apoyado en una ideología oficial esotérica donde se espera su aceptación por parte del pueblo, aun cuando no pueda entenderla, y que es mantenida por un sacerdocio de los iniciados.<sup>15</sup>

<sup>14</sup> Rémy Leveau, *Le Fellah marocain, défenseur du trône*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1985, segunda edición, p. 263.

<sup>15</sup> C. Clapham, *Transformation and continuity in Revolutionary Ethiopia*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, p. 96.

Este movimiento de ajuste y de "modernización económica" se desarrolla conjuntamente con la reactivación de procesos internos de organización y de legitimación inhibidos u ocultos por las políticas de modernización autoritaria. La forma más conocida es obviamente el islam, cuya realidad es plural. Pero no es la única. El régimen sirio, etiquetado como laico, actualmente se apoya menos en un partido único de tipo clásico que en la *Acabiya*, movilización "tribal" alawita. La degeneración de un conflicto en la cima del partido comunista subyemenita en una verdadera guerra civil ilustra claramente la simbiosis entre un código moderno (la ideología marxista) y un código tradicional (la fidelidad tribal). Como no se puede resolver un conflicto interno mediante el Buró Político, cada clan moviliza a su tribu para vencer a la otra.<sup>16</sup> Esta manera de resolver los conflictos ha sorprendido a los especialistas del mundo comunista. Pero para los yemenitas (incluso los no comunistas) es muy natural. El tribalismo no es la única forma de organización o de representación susceptible de combinarse con el marxismo. En el Congo, marxismo y brujería siempre se han llevado bien. En la víspera de una importante reunión del partido, por ejemplo, todos los brujos de Brazzaville habían sido movilizados. En el campo occidental las cosas ocurren de la misma manera. Tendríamos que preguntarnos seriamente sobre la influencia considerable que ejercen las logias masónicas y los grupos ocultos en la organización de los poderes africanos y en sus relaciones con el exterior. En Togo, la pertenencia al Buró Político o al Comité Central no se entiende fuera de la fidelidad a la logia rosacruz togolesa.<sup>17</sup> En Francia, el origen masónico de los responsables africanistas confirma la importancia de este factor en las relaciones franco-africanas. El nuevo ministro de la Cooperación, J. Pelletier, es masón. El director de asuntos exteriores africanos del Quai d'Orsay también lo es. El responsable de este continente en el Eliseo entre 1981 y 1986 también era miembro de esa cofradía. . .

Todo esto debe conducirnos a desplazar el sentido de nuestras observaciones y de nuestra reflexión. Más que agotarse clasificando la pertenencia de unos y otros a este o aquel bando, tendríamos que reflexionar sobre el significado interno de las referencias exteriores. Desde mi punto de vista es la mejor manera de interrogarse sobre la solidez de una alianza con el exterior.

<sup>16</sup> Olivier Roy, "Le double code afghan. Marxisme et tribalisme", en *Revue Française de Science Politique*, diciembre de 1986, p. 857.

<sup>17</sup> Comi M. Toulabor, *Le Togo sous Eyadema*, París, Karthala, 1986, p. 212.